

Edgar Espinosa Cedrán

eddy.zgz_8@hotmail.es

27 de Abril de 2009

Querido diario, me encuentro en la mecedora color caoba que tanto me gusta del porche. Estoy presenciando, como siempre, el magnífico atardecer de una noche de primavera. Pero hoy es especial, el más bello que he visto en mi vida. Los tonos rojizos y anaranjados invaden el cielo mientras el sol, como yo, se va apagando lentamente. Sé que nunca he puesto mucho empeño en ti, es más, puede que sea la primera vez que te escriba, pero tengo ya 84 años y no veo lejana la hora de mi partida. Lo que te voy a contar no se lo he contado jamás a nadie, no me hubieran creído. Pero no quisiera abandonar este mundo sin dejar plasmada mi historia, la historia de amor más maravillosa, me atrevería a decir, que jamás halla existido:

Abril de 1945

Me crié con mis tíos en Atlanta, nunca conocí a mis padres. Mi tío me maltrataba, ese malnacido borracho me pegaba todas las noches. Cuando tuve uso de razón decidí irme lo más lejos que pudiera, escapé para nunca más volver. Acabé viviendo en una pequeña casita a las afueras de Paradise Valley, en Phoenix. Encontré un trabajo en el aserradero del pueblo, no era gran cosa pero me daba para pagar mi casa y poder mantenerme.

Vivía solo, las relaciones sociales nunca se me dieron demasiado bien. Y eso me estaba afectando, cada día que pasaba me notaba más amargado, algo tenía que cambiar.

Aquel día de Abril me despertó el repiqueteo de las gotas de agua impactando contra mi ventana, estaba tremendamente cansado pero fui a trabajar, aun me pregunto qué hubiera ocurrido si hubiera decidido quedarme en casa.

Mi trabajo consistía en cortar troncos y tirar los restos al río que pasaba junto al aserradero. Aquel día de Abril tuve un accidente, me tropecé con el carrito y me caí al río, me invadió el pánico, no sabía nadar. Perdí la conciencia.

Desperté en la orilla del río, con la ropa empapada y un terrible dolor de cabeza. La vista no me respondía muy bien pero intuí que alguien se acercaba hacia mí. Conforme se fue acercando vi que era una mujer. Llevaba puesto un vestido antiguo, era largo y parecía cosido a mano, pensé que sería algún tipo de disfraz.

-¿Caballero, está usted bien? -me preguntó. Al principio no encontraba palabras para contestarle. Era la mujer más hermosa que había visto en mi vida. Tenía unos ojos color ámbar que te llegaban al alma con solo mirarte, sus facciones eran perfectas, su piel era tersa y el cabello moreno resplandeciente le ondeaba al viento.

-Creo que sí, me caí al río y perdí la conciencia. Cuando me he despertado estaba aquí en la orilla.-le contesté mientras me ayudaba a incorporarme.

-Permítame que me presente, soy Catherine Edwards.

-Encantado Catherine, soy John Hougan. Creo que ya estoy mejor.

-Me alegro, tiene muy mala pinta.

-Si, lo siento. Perdone, si no resulto indiscreto, ¿podría decirme de donde ha sacado ese vestido, parece de 1800?

-¿Cómo? Es usted un grosero, de todas formas ¿a qué fecha estamos?- me pregunto con ironía.

-Estamos a 27 de abril de 1945.

-Me temo que se equivoca caballero, sí que es 27 y sí que es abril, pero de 1834.

En el instante en que terminó de pronunciar la última cifra del año sentí un desvanecimiento. Me palpé la cabeza, llevaba una herida considerable.

-Señorita, no me encuentro en condiciones como para que bromeen conmigo.

-No bromeo. Ha recibido un golpe en la cabeza. Si usted quisiera podría acompañarme a casa, le preparare un té caliente y le curare esa herida.

Acepte sin reparos. Estaba confuso, ¿cómo pude viajar 111 años atrás?

Todo era diferente, no había nada de lo que yo conocía, no estaba mi casa, ni siquiera estaba el viejo aserradero.

Cuando llegamos a su casa me curo la herida, mientras lo hacía me quede embelesado, parecía un ángel. No hubiera dejado de mirarla nunca.

Acabó de curarme y le explique que estaba confuso, que para mí la fecha actual era 1945. Que de la realidad que ahora estaba presenciando no conocía nada, no estaba el aserradero, ni mi casa, los caminos eran diferentes y hasta el olor era diferente. Ella me dijo que necesitaba descansar, que vivía sola y que si yo quería podía quedarme unos días hasta que aclarara mis pensamientos.

En aquellos maravillosos días mantuvimos largas conversaciones a la luz del hogar. Catherine tenía una forma de pensar maravillosa, hubiera destacado hasta en 1945. Me encantaba aquella mujer, me enamore de ella en cuanto la vi, pero cuanto más la conocía, mas me enamoraba. Era la mujer que ni siquiera podría haber llegado a soñar, era la mujer perfecta.

Pasaban los días y crecía dentro de mí un sentimiento que se hacía incontrolable, se lo tenía que decir pero, ¿Qué pensaría ella? ¿Sentiría lo mismo?

Llegó el día en que no pude aguantar más. Le dije lo mucho que la amaba, las ganas que tenia de besarla y hacerla mía para siempre. Ella me confesó que también me amaba, que no sabía

cómo decírmelo. Decía que nunca había conocido a un hombre como yo. Que nadie jamás le había hecho sentir la magia que nos invadía cuando estábamos juntos.

Antes de acabar la conversación la cogí de su perfecta cintura y me dispuse a besarla. Las palpitaciones me aumentaban de forma desmedida conforme disminuía la distancia entre nosotros. Mis labios casi rozaban los suyos y ya podíamos sentirnos el uno al otro. Nunca había experimentado una sensación igual. En ese preciso instante...

-John, John, ¿Estás bien? Despierta.- Era Trevor, mi jefe en el aserradero.

-Trevor, q...que pasa, ¿Dónde estoy?

-John, te caíste al río, menos mal que te vi, si no aun estarías ahí dentro.

-Y Catherine, ¿d...donde esta?

-¿Quién es Catherine?

En aquel momento comprendí que había vuelto, no podía ser, se había desvanecido de entre mis brazos la mujer de mi vida, la mujer por la que hubiera dado todo. Un sentimiento de angustia invadió todos los poros de mi piel, note como una lágrima resbalaba por mi mejilla. Ya nunca más la iba a volver a ver.

Mayo de 1945

Aquel mes de Mayo de 1945 fue el peor de mi vida. Perdí la ilusión por vivir, levantarme por la mañana ya no tenía un motivo. Con el paso del tiempo asimilé que la había perdido para siempre.

Llegué a pensar que estaba trastornado, que podría haber sido todo un espejismo. Que el golpe en la cabeza me había hecho soñar con mis más profundos anhelos. Que cobraron vida en lo que yo más deseaba, Catherine.

Fue una tarde lluviosa de Mayo cuando, movido por la desesperación, decidí acudir al único lugar en el que podría encontrar la respuesta, el viejo cementerio de Paradise Valley.

Nunca me habían gustado los cementerios, eran los únicos lugares en los que sentía unos tremendos escalofríos. Busqué por todo el camposanto la posible tumba de Catherine, no sé que hubiera preferido, si encontrarla y certificar que si existió o, por el contrario, no encontrarla y creer que todo fue un sueño. Pasara lo que pasara, Catherine seguiría viva en mi corazón.

Pasé un largo tiempo buscándola, pero no encontré nada. Contrariado decidí abandonar el cementerio, desistí. Mientras recorría el camino que conducía a la salida pensaba que el tiempo curaría mi herida, si, que era cuestión de tiempo. Me mentía, yo sabía que nunca quedaría zanjado mi amor por ella. Estaba cercano ya el umbral de la puerta, la que separaría mis ilusiones de la cruda realidad, cuando reparé en una pequeña tumba. Era una tumba antigua, la tierra se la había ido apoderando. No se podía acertar a leer lo que en ella quedó

grabado. Me dije que esa sería la última tumba que comprobaría, que me iría de allí para siempre. Me acerque mientras la lluvia me empapaba, clave la rodilla en el suelo y fui quitando la tierra que impedía que pudiese leer el nombre.

No pude evitar que las lágrimas brotaran de mis ojos. En esa tumba ponía: Catherine Edwards. Nacida el 31 de Julio de 1814, fallecida el 27 de Abril de 1898 a la edad de 84 años.

Me derrumbe ante su tumba, estaba delante de mí, era ella. Terminé de retirar toda la tierra, ahora ya convertida en barro por la fuerte lluvia, y pude ver como aparecía ante mí una inscripción que no tarde en leer:

Estas palabras van dedicadas al gran amor de mi vida, John Hougan. Si algún día pudieses leer lo que aquí dispongo, quiero que sepas que te amo. Me enamoré de ti en un segundo comparado con el tiempo en que te seguiré amando, hasta el final de mis días. Todo este tiempo te he sentido junto a mí. Te vi desaparecer de entre mis brazos como el agua, sin dejar rastro. Pero en mi dejaste la huella más profunda, el amor. Te fuiste y te llevaste contigo mi corazón, cuidalo porque por siempre será tuyo.

TE AMO Y AMARÉ.

Catherine

27 de Abril de 2009

Desde aquel momento supe que mi vida estaba ligada a la suya, que no pude hacerla mía en este mundo pero que, tarde o temprano, me reuniría con ella. Ese fue el motivo por el que he aguantado hasta ahora. Catherine murió un 27 de abril de 1898, hoy, 111 años después, aguardo pacientemente el momento en que la vuelva a ver, en que vuelva a sentir ese torrente de emociones que sólo sentía cuando estaba junto a ella. Con una lágrima resbalando por mi mejilla, espero el momento en que mi vida se marchite y nuestros cuerpos se unan para ya nunca más separarse. Mientras, estoy sentado en la mecedora color caoba que tanto me gusta, presenciando el atardecer más hermoso de mi vida.